



VIEJOS CONCEPTOS ... ACTUALES

Manuel García Pelayo en su obra **DEL MITO Y DE LA RAZON EN EL PENSAMIENTO POLITICO¹**

recupera las palabras de un viejo texto alemán publicado en 1678 con el título *Idolum Principum*. En ese curioso folleto, que afirma contener una “fábula no fabulosa”, se expresa una crítica popular sobre las prácticas políticas de ese entonces. En dicho texto, un príncipe explica con gran picardía a su yerno, quien acaba ingresar al servicio del Estado en calidad de consejero, todos los arcanos del poder, esto es, los secretos, artificios o razones de Estado; de esta manera lo conduce a las cámaras secretas.

«En la primera Cámara del Estado cuelgan muchos mantos políticos de todos los colores, bellísimamente adornados por fuera, pero pésimamente forrados por dentro y, además, reforzados en parte con chapuceros remiendos de piel de lobo y de zorra. El yerno quedó maravillado ante aquello, pero el suegro le explicó: ‘Son los mantos políticos que se usan cuando hay que proponer a los súbditos una cosa sospechosa, a fin de convencerlos de que lo blanco es negro; entonces se hace necesario recubrir el asunto con el ropaje adecuado para que los súbditos estén bien dispuestos a otorgar contribuciones, tasas y otras prestaciones. El primero bordado en oro, significa el bienestar de los súbditos; el segundo, desflecado, las exigencias del bien común; el tercero, rojo, el mantenimiento del servicio de Dios, el cual se utiliza cuando a alguien –a quien apenas haya por donde entrarle– se le quiere desterrar de su residencia, e incluso romperle la crisma bajo pretexto de falsas doctrinas; el cuarto significa el celo de la fe; el quinto, la libertad de la patria; el sexto, el mantenimiento de los privilegios, etcétera’. Por último colgaba aún uno viejísimo y muy raído, parecido a una bandera vieja o una gualdrapa, del

¹ Ed. Revista de Occidente. Selecta-30, Madrid, 1968, p. 311 a 317.

que se extrañó mucho el risueño yerno. Pero su suegro le dijo: 'El uso, e incluso el abuso diario, le han hecho perder la pelusa, pero significa la buena intención, y a menudo es buscado por los grandes señores de la Corte como el pan de cada día, pues al echárselo encima resulta que la imposición de cargas insoportables al país, su saqueo y zapa con gabelas de la cabeza a los pies, y hasta el quitarle el pan de la boca, acontecen con buen intención; si con tal vestidura encima se emprende una guerra innecesaria que someta al país y a sus habitantes a un baño de sangre, al asesinato, al incendio, tal sucede con buena intención. Siendo así, ¡quién puede afirmar que se ha obrado mal! Se arroja a gente inocente en la prisión, se la pone en el potro del tormento, se la acosa hasta la tenebrosa miseria, y todo ha ocurrido con buena intención, aunque luego su inocencia resulte tan clara como el agua. Se emite un juicio injusto basado en el odio, la pasión, el favoritismo, el obsequio, el soborno y la amistad, y se concluye que fue con buena intención. Últimamente se ha expandido tanto, que hasta la ayuda del diablo es invocada con buena intención. Si este u otro manto resultaran demasiado cortos para cubrir la desvergüenza, se le ponen encima dos, tres o más'.

Esta habitación le pareció extrañísima al nuevo consejero, pero siguió a su señor suegro a otra Cámara. Allí encontró toda clase de máscaras políticas, con unos colores y unas líneas tan artísticamente elaboradas que parecían verdaderos rostros humanos. 'Cuando los mantos —dijo el canciller— no bastan para la consecución del objetivo planteado, hay que cambiárselos, pero si se aparece sucesivamente ante los estamentos, súbditos, e incluso ante los potentados vecinos, con unos y otros ropajes, acaban finalmente por reconocerlos: 'Es la vieja canción. Ya sabemos lo que busca: obtener dinero. ¿De dónde vamos a volver a sacarlo? En todo caso, desearíamos saber en qué se van a utilizar tan cuantiosos tributos.' Las máscaras sirven para anticiparse a tales enojos. Una significa el juramento, otra la detracción, la tercera el fraude. Engañan tanto a la gente buena como a la mala, y son más eficaces que todos los argumentos de la retórica. Pero, sobre todo, la pieza capital de la elocuencia cortesana es el juramento, pues un hombre honorable piensa siempre que los otros son tan bien intencionados como él, y da más valor al juramento y al crédito que a todos los bienes temporales; el granuja, por su parte, tiene también que otorgar crédito al juramento para no hacerse, él mismo, sospechoso de no mantener ni el juramento ni la obligación contraída. Inutilizados ambos, ya puede venir la carga sobre los súbditos, aligerándoles en mil guldos o más, según su patrimonio'.

En la tercera Cámara cuelgan por todas partes tijeras y bacías de latón dorado; las repisas están ocupadas por ventosas y esponjas; en la mesa y las ventanas hay muchas vasijas con lejía cáustica, atenazadores de piernas, vomitivos y pinzas. El joven consejero se hizo cruces al ver estos instrumentos de barbero-sangrados en una corte principesca, puesto que para muchos artesanos los barberos, moli-

neros y trompetas no son dignos de ser admitidos como compañeros gremiales. El anciano expresó: 'No es tan despreciable como se piensa: es la infalible artesanía de la razón de Estado, y rinde más que la pluma y la tinta; es tan necesaria que, a la larga, ningún príncipe puede afirmar sin ella la dignidad de su Estado y de su reputación, y su uso es tan común que también la practican con gran maestría los nobles sobre sus campesinos, de donde viene el dicho: 'si un noble sangra las venas de sus campesinos, también él está podrido'. ¿Qué utilidad obtiene el príncipe de su país y de su gente si no les esquila las lanas de las rentas correspondientes, si mediante la sangría no les saca las contribuciones y si no refriega las cabezas insumisas con la lejía cáustica de las duras penas? Incluso los potentados se rapan, roen y sangran entre sí. Así, durante la última guerra, el generalato ha sacado, ora a las ciudades imperiales, ora a los cabildos, muchos miles de onzas de la mejor sangre, y el Imperio romano fue desollado tan duramente por las coronas extranjeras como si lo hubieran rapado los oficiales barberos nativos que solo saben hacerlo con lejía muy caliente. En efecto, muchos han sostenido las bacías a los extranjeros hasta tal punto que estos se valieron de caballeros de bajo rango para esquila a otros príncipes, pues lo que el príncipe no quiere hacer por sí mismo lo ejecutan sus consejeros, maestros fiscales y otros funcionarios a los que emplea como esponjas; cuando han absorbido un cargo, una ciudad o una aldea, y están tan hinchados que quisieran reventar, entonces viene el príncipe y le da a cada uno de ellos tal estrujón que tienen que soltarlo todo y quedarse tan vacíos como una piel de serpiente'.

El joven consejero oía silenciosamente. Luego pasaron a la cuarta Cámara. Allí había muchos cajoncitos con anteojos políticos de distinta especie. Algunos hacen ver las cosas diez veces mayores de lo que son al que se los pone, de manera que una mosca parece un elefante, un hilo una sogá, un cuarto una onza de oro. Si el príncipe obsequia a alguien con un par de leños, es como si le hiciera remisión de la contribución; si le permite presentarse ante él vestido de terciopelo y seda, lo estima como si le hubiera regalado 100 ducados. Al infeliz cortesano se le altera la vista de tal modo, que la gracia más insignificante, como que el príncipe le apoye la mano en el hombro o le dirija una mirada, la estima como si recibiera una renta de 500 guldás. Además, el príncipe, en su clarísimo entendimiento, ha encontrado una utilidad especial en estos anteojos. Cuando encuentra que los estamentos no están bien dispuestos a contribuir, extiende el rumor de que ya tenemos al enemigo ante nuestras narices, de modo que se necesitan urgentemente tanto y cuanto en provisiones, dinero y tropas, a fin de enfrentar al terrible enemigo antes de que sus fauces lo devoren todo. Mediante tales exageraciones, la gente está dispuesta a dar todo lo que puede. Tan pronto como los peces están

atrapados, Dios envía una alta personalidad con cuya intervención se alcanza la paz, y entonces se aplican dichas contribuciones a otras necesidades. Otra clase de anteojos tiene, por el contrario, la propiedad de que, mirando por ellos, una montaña no parece mayor que una avellana o una judía; se les ponen a las ciudades y países limítrofes cuando el príncipe construye castillos y fortalezas delante de sus narices, para hacerles ver que se trata de residencias o de parques de recreo, de puestos aduaneros o de pabellones de caza. La tercera especie de anteojos, mediante la cual lo blanco luce como negro, y lo negro blanco como la nieve, son utilizados siempre que a una cosa mala hay que darle la apariencia de buena; sirven también para casos tales como casar a suripantas como si fueran vírgenes, por haber servido a las damas principescas haciendo la cama a los señores, y rizado sus cabellos'.

Después el canciller alcanzó una cajita que contenía polvo pardo y explicó a su yerno de qué se trataba: 'Es una arenilla o polvo oftálmico —dijo el viejo—, que los gobernantes arrojan a los ojos de sus súbditos; se trata de uno de los artificios más notables para tener tranquila a la plebe, a fin de que cuando se alzan dentro de ella cabezas inquietas que, mediante ciertas doctrinas políticas, abren los ojos a los súbditos para que inquieren las intimidades del gobierno, vean en el corazón del príncipe, promuevan conjuraciones y conspiren con mirada de lince, parezca, entonces, que la rebelión y la guerra están verdaderamente a nuestras puertas'. Había, además un barrilito que contenía guisantes cortesanos. El viejo contó que era uno de los medios más insidiosos de la corte, del que, si bien los regentes no se servían, en cambio sí sus desleales cortesanos. '¿Cómo así?', preguntó el hijo. 'Me apena tener que explicártelo, pues temo que si te lo enseñó pudieras probar el arte conmigo mismo, ya que donde hay provecho se le retuerce la nariz al propio padre. Los guisantes se esparcen de vez en cuando en la Sala de los Consejos y en la Cancillería, y sobre las escaleras, para que aquellos a los que no hay por dónde atacar resbalen, caigan y se desnuden, especialmente esos que creen que en todas partes se puede entrar con el pie de la buena intención y la conciencia limpia'.»